



Poemas

861.6 CAB

Antonio Cabrera

618537443

861.6

CAB

Col·lecció Poesia de Paper

140

Poemas

Antonio Cabrera



Universitat de les
Illes Balears
Servei de Biblioteca i
Documentació
Edifici Ramon Llull

Palma, 2008

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS



511004007X

© del text: l'autor, 2008

© de l'edició: Caixa de Balears «Sa Nostra» i Universitat de les Illes Balears, 2008

Directors de la col·lecció: Francisco J. Díaz de Castro i Perfecto Cuadrado

Disseny: Jaume Falconer

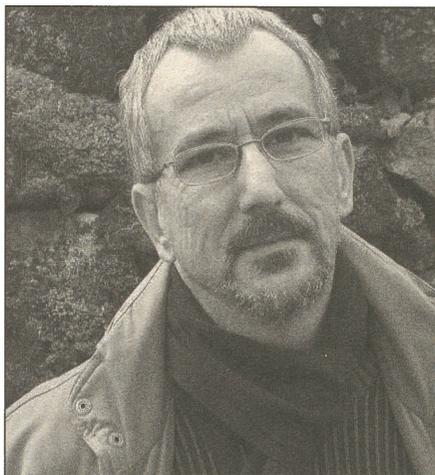
Edició: Universitat de les Illes Balears. Edicions UIB.

Campus universitari. Cra. de Valldemossa, km 7.5. 07071 Palma

Maquetació i impressió: Taller Gràfic Ramon. Gremi Forners, 18. Polígon Son Castelló. 07009 Palma

ISBN: 978-84-8384-031-3

DL: PM/67-2008



Antonio Cabrera nació en 1958, en Medina Sidonia (Cádiz), aunque vive desde los siete años en la Comunidad Valenciana, donde ejerce la docencia de la Filosofía en un instituto de la localidad de Sagunto. Es autor de dos libros de poemas: *En la estación perpetua* (Visor, 2000), que mereció el XII Premio Internacional de Poesía *Fundación Loewe* y el Premio Nacional de la Crítica; 2001, y *Con el aire* (Visor, 2004), por el que fue galardonado con el XXV Premio *Ciudad de Melilla*, así como con el Premio de la Crítica Valenciana 2005. Entre estos dos poemarios, publicó una colección de haikus de tema ornitológico titulado *Tierra en el cielo* (Pre-Textos, 2001).

Dedicado de forma esporádica a la traducción, es responsable de las versiones castellanas de los volúmenes *Poesía y ontología*, de Gianni Vattimo (Universitat de València, 1993), y *Los pájaros amigos*, de Josep Maria de Sagarra (Pre-Textos, 2003).

Ha colaborado en publicaciones periódicas como *Levante*, *El País*, *Clarín*, *Letras Libres* o *Lateral*. Desde octubre de 2003 mantiene una columna semanal en la edición valenciana del diario *ABC*.



EL OBSTÁCULO

A Antoni Defez y Mavi Canyamàs

Reina una luz unánime que iguala

a todo ser, al darle a cada uno
su cantidad exacta de presencia:
aquí la arena tibia, allí la espuma;
más allá el horizonte
(un más allá imposible pero cierto);
a este lado las cañas, verticales,
como trazos sagrados;
y al fondo las colinas, abrasándose
de tanta claridad.

Al principio parece
que este esplendor del día lo confirma:
el que busca secretos no sabe ver las cosas;
nada está oculto; todo se explica en su contorno.

Y sin embargo, basta
con retornar, aun levemente, a la niebla pura
que son los pensamientos
para que tanta luz desafiante
abdique en la conciencia,
y cuanto era en los ojos bendita precisión
—flor que es flor, rosa suficiente y firme—
adquiera nuevo rostro, una máscara
que lo hace incompresible pero idéntico,

como un animal doble que segrega
su propia ocultación
y confunde su cuerpo con su cuerpo,
desdibuja los límites, las formas, las razones,
y acaba pareciéndose a sí mismo,
inmaculado y obvio.

Escucho palpitar un corazón sombrío
bajo el radiante obstáculo de su piel clamorosa.

POESÍA Y VERDAD

A Carlos Marzal

En la naturaleza no hay nada melancólico,
aseguraba Coleridge.

He salido a mirar
entre las nubes mansas
una luz semejante a la luz triste
que escriben los poetas.
El resplandor solemne y repetido
del ocaso cubriendo el naranjal
es todo lo que había. Se ocultaba
el sol que tantas veces han descrito
los poemas que niegan lo que sostuvo Coleridge,
pero cuya silueta inofensiva y noble
he podido observar, y no era un apagado
cristal de pesadumbre.

Luego he puesto mis ojos
en algunas presencias más sencillas,
por si estuviera en ellas el hálito extinguido
que ensombrece las cosas esenciales
de la naturaleza, que les otorga un don
oscuro, una verdad umbrosa, ya cantada:
ni en la vegetación humilde, ni en los brazos
inmóviles del árbol,
ni en las piedras —que son el tiempo puro—,

ni en la casa ruinososa donde anidan los pájaros,
he visto en su dominio
a la melancolía.

Así que he regresado adonde estaba,
persuadido, sereno, y a la vez
envuelto enteramente en la nueva ignorancia
que esta certeza teje, porque he visto
que nada es melancólico en la naturaleza
mientras no la pensamos.

Quien la contempla tiene,
acaso como Coleridge,
el sólo afán de ser testigo mudo
de su mudo fragor,
pero al considerarla,
al detener su luz,
se abre allí, sin remedio, en la conciencia,
la exhausta flor mental de la melancolía.

LA INTIMIDAD

Vine hasta aquí para escuchar la voz,
la voz que según dicen nos habla desde dentro
y endulza la verdad si la verdad
merece una degustación serena,
o la hace más amarga si es amarga,
con sólo pronunciar la negra hiel
que ha reposado intacta entre sus sílabas.
Vine hasta aquí para escuchar la voz
que no sabe, ni quiere, ni podría engañarnos.

Elegí este lugar de belleza imprevista.
(Llegué hasta él casualmente un día de abril
por el que navegaban nubes grandes,
manchas oscuras sobre el suelo, pruebas
acaso necesarias de que la luz habita
entre nosotros: esa transparencia
que olvidamos y que es, al mismo tiempo,
difícil y evidente.)

Diré por qué es tan bello este lugar:
forma un valle cerrado entre montes boscosos,
un circo escueto que circundan peñas
rojizas, donde el viento es un cuervo
delicado aunque fúnebre;
los hombres han arado su parte más profunda,
y allí crece el olivo y unos pocos almendros
y un ciprés y una acacia; las sombras del pinar

asedian desde entonces las lindes de estos campos,
su yerba luminosa, y el pedregal resiste
como un altar al sol; todo tiene una pátina

de realidad, un ansia, un prestigio remoto.

Porque creí que este silencio era
igual al de una estancia solitaria,
vine a escuchar la voz que desde dentro
nos habla de nosotros mismos. Pero
pasa el tiempo y escucho solamente
la prisa del lagarto que escapa de mi lado
y el vuelo siseante de la abeja,
no mi voz interior.

Todo es externo.

Y las palabras vienen
a mí y en mí se dicen ellas solas:
la ladera encendida bajo la nube exacta,
el bronce del lentisco,
una roca que el líquen acaricia...

Lo íntimo es el mundo. Con su callado oxígeno
sofoca sin remedio la voz que quiere hablar,
la disuelve, la absorbe.

He venido hasta aquí para escucharme
y todo lo que alienta o es presente
me ha hecho enmudecer para decirse.

LA ESTACIÓN PERPETUA

El invierno se fue. ¿Qué habré perdido?
¿Qué desapareció, con él, de mi conciencia?

(Esta preocupación —seguramente absurda—
por conocer aquello que nos huye,
me obliga a convertir el aire frío
en pensado cristal sobre mi piel pensada,
y a convertir la gloria entristecida
de los húmedos días invernales
en la imposible luz que su concepto irradia;
esta preocupación, en fin, tiene la culpa
—y qué confuso y dulce me parece—
de que duerman en mí los árboles dormidos.)

El invierno se fue, pero nada se lleva.
Me queda siempre la estación perpetua:
mi mente repetida y sola.

EL PERDÓN

A Pepe Moreno y Violeta Jiménez

Alguien ha muerto.

La tarde extiende al aire
una luz empapada en violeta y en gris.
Todo es calma. Las peñas corrompidas
por el viento y el liquen amarillo
tocan esa luz, dicen algo que es denso y leve
como la tarde misma.

Cantan los estorninos del otoño:
su silbido también guarda riquezas
minerales, el cuarzo oscurecido.

Y aquí, un viento igual y un liquen semejante
han podrido las lápidas entre las que camina
el cortejo. La luz en ellas se hace un sitio.

Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad,
ha dicho el sacerdote, innecesariamente.
Alguien ha muerto.

La tarde extiende al aire
su perdón infinito.

OBOE

(Marcello)

A Daniel

Todo lo que esperamos recorre un laberinto

hasta alcanzarnos.

En estas notas
escucho cómo llega, cansado, lento, puro.

Todo lo que sabemos
vibra aquí un instante,
dibuja un signo,
abre desde la sombra una interrogación
delicada y confusa.

Cuanto una vez acaso obedecemos
se inclina ya, sumiso, reverente.

Todo lo que tenemos se parece
a esta belleza
que toca nuestra alma
y vuelve hacia sus vastos pasadizos.

De En la estación perpetua

VENCEJO

(Apus sp.)

¿Hay tierra acaso?
¿Hay espacios sin aire?
¿Hay la quietud?

RUISEÑOR COMÚN

(Luscinia megarhynchos)

Comienza el canto.
Eterno, Keats lo escucha.
Se limpia el aire.

ROQUERO SOLITARIO

(Monticola solitarius)

Cuántas aristas
tiene esta soledad:
todo es paisaje.

De *Tierra en el cielo*

ODA AL AIRE QUIETO

A Joaquim Manuel Magalhaes

Carece de perfil, nadie lo ve,

pero amasa un volumen de luz reconocible.
Es una espuma inmóvil, sin color,
un cristal que al rozar las cosas las sujeta
hasta hacer que se graben en sí mismas.

Me ha rodeado siempre
en los mudos rincones escondidos
en medio del paisaje
(burbujas de desdén contra lo abierto),
y allí, al respirarlo
—hecha roca la roca,
fuente la fuente, nítida columna el árbol gris
y verdadera el ave—,
allí, al respirarlo,
con un afán seguro, sin adornos,
lo real
en vez de transcurrir se ofreció al aire
de mi respiración, y el aire lo respeta
y nada se transforma.

La sorda luz del cuarto lo contiene también.
Hace que las cortinas caigan
sobre su lenta longitud; que el cuadro
hable para decir a lo visible

la palabra amarilla, el verbo ocre;
que la flor permanezca en sus pétalos secos;
que se anuncie en la lámpara su claridad futura;
que lo cerrado importe
y lo guardado tiemble.

Señalo tus dominios, aire quieto.
Nombro tus huellas para celebrarte,
a ti, puro espesor de lo presente
donde apenas estamos.

UN CEREZO

A Vicente Gallego

Llegué hasta una ladera de bancales incultos

bajo el sol extenuado de la tarde.
Allí encontré un cerezo,
un pequeño cerezo que se erguía
sin labranza cercado por la nítida luz,
por esa claridad no trabajada
con la que mayo anuncia los crepúsculos.

No el blanco esplendoroso
sino un combate, una inquietud acaso,
crecía entre sus ramas:
el esfuerzo del fruto por ser fruto,
la tímida violencia de la maduración,
el ansia de alcanzar y consumirse.

El tiempo de la flor pronunció su alegato,
ya en olvido.

Un rojo humilde aún
dictaba una lección distinta: madurar
es concentrar despacio el azúcar que afirma,
cuyo arduo olor señala a lo posible.

Estuve contemplando su impasibilidad
y su modestia.
En ellas vi un cobijo para la decisión,
el ave que se posa en la raíz.

Una brisa muy leve lo tocaba,
y parecía un himno,
un canto inteligible en honor de lo denso.

MONTAÑA AL SUDOESTE

Si miro al sudoeste puedo verla.

Siempre está. Impasible cuando la lluvia cae,
terca bajo la luz clavada del verano.
Y es un bulto de sombra si la noche
la tiñe y la combate.

También está si yo
la olvido. Y si la pienso, está más quieta
y mucho más presente todavía.

Se levanta ante mí sin suprimirme.
Volcán perpetuo de sí misma,
sabe entregarme
el magma frío de su gravedad,
para que lo contemple.

La estoy mirando ahora, después de la tormenta,
y puedo ver los árboles lavados,
el fúlgido destello del mineral urdido
de sus rocas,
su elevación, su cumbre.

Verdecida montaña, hogar de los torrentes,
concentración de ser que desconoce
mi ser y lo limita,
mirarte me consuela.

Excluido de ti, me reconozco.

VESTIGIO

“pues dejas de ser luz para llamarte tiempo”

E.B.

A Francisco Brines

Una luz enredada entre objetos y libros

—una luz que es la huella que ha dejado la luz—
ahora me descubre la presencia del tiempo,
su transcurso y su instante.

A mi lado, el vestigio
de la mañana ida; delante de mis ojos,
la fórmula presente de lo que ya se fue.
Hay en todo un destello, una pátina apenas;
es un barniz remoto: está diciendo algo
que ya no puede oírse.

Los muebles se resignan
(saben obedecer a lo sutil
como asienten al tacto)

y despliegan su astucia,
y bendicen la atmósfera y el orden
que así se perfeccionan.

Yo estoy formando parte
de este cuadro secreto, de estas puras pavesas,
de esta mañana ida y demorada y frágil.
Mi presencia interroga pero se hunde en el tiempo,
la arena que lo es todo y no puede escuchar.

MEDITACIÓN DEL CRISTAL

Tras el cristal que lo protege

hay un gesto afligido.

Los músculos de un torso
—su latir dibujado—

gimen

en la tensa postura
que los mantiene entre la rigidez
y la elegancia quebradiza:
una mano en el pecho; un brazo alzado
que se dobla hacia atrás
y acompaña obediente la inclinación del rostro;
el perfil, entrevisto; la mirada,
vuelta hacia un fondo de grafito ciego.
Fijado en ese fondo, su sombra lo repite,
lo difumina
sobre ese envés impuro.
En todo reina el gris,
turbia plata en la luz que tras el vidrio
es dolor y es hermética codicia.

Extrañamente,
junto a ese silencio dibujado
con rumor y gemido,
el cuadro pone,
en el cristal,
otra versión de lo que ahora existe:

yo me reflejo en él si lo contemplo;
detrás de mí, las cosas se reflejan.

Mi rostro, en primer plano, abisma su mirada
en mi mirada idéntica. Tras él,
las cosas que a mi espalda son reales,
en el cristal, detrás de mí,
vacilan y se hunden:
veo la puerta en su destierro súbito,
pintada con barniz de brillo falso,
y un trozo de pared incomprensible, frágil,
y en el fondo, aturdidas,
unas últimas cosas casi ausentes
flotando en ahogada semejanza.

Al ocultarte
al otro lado de esta opacidad tan clara,
inútil torso, gris perdido,
¿en qué limbo te borras un instante?
¿Qué es este vértigo
de rostros sobre rostros y sombras sobre sombras?
¿Qué son estas miradas
que van al esplendor y en luz se enturbian?

Contemplo la belleza y soy un velo.

Imprevisto cristal, vidrio inmutable,
¿quién conoce, quién ve, quién no confunde?

De *Con el aire*

EN LA CASA NATAL DE GEORG TRAKL

(*Salzburgo*)

Nada era azul,

tampoco el cielo visto en el cuadrado
del patio. Nada que pudiese hablar
de ese color de tarde corrompida
y paz insana
con el que sus poemas se tiñeron,
azul
para un trato confuso con la muerte.

Desde el umbral al fondo, sólo piedra:
en un arco interior, en adoquines,
en losas. Geometrías
que por el pulimento de la vida
y de la nieve
habían adquirido resplandores
vulgares.

Al pozo que en un ángulo callaba
el niño Georg se asomó tal vez,
en horas impacientes bajo el oscuro oro
que trae la primavera.
Después madurarían
—hacia el color azul, hacia el venado
lunar e inmóvil,
hacia el verde crepúsculo del bosque—

las semillas de imagen que allí vio.
Ajenas,
hubieron de borrarse en lo más hondo.

Gobernaba la piedra, una urdimbre
que no había absorbido
nada que fuese ahora fruto hablante.

A menudo,
en la capa visible de lo material
o en el tiempo vivido, el que entra en los pulmones
—el del muchacho Georg
sentado, solo, en la escalera aquella—,
algo hace que los símbolos resbalen.

Piedra, ninguna petrificación.

No había rastro de su entrega azul
a la brumosa muerte.

Inédito

L'autor ha llegit aquests poemes a la Sala de Cultura «Sa Nostra» de Maó
el dia 25 de febrer de 2008



102. FERNANDO DELGADO. *Sobre el amor y sus contrarios (Antología)*
103. JOSEP PIERA. *En el nom de la mar..., i un inèdit (1991-2000)*
104. FRANCISCO CASTAÑO. *Del decorado y la naturaleza*
105. PABLO DEL BARCO. *El mirador de silencios (Antología)*
106. JOSÉ HIERRO. *Poemas*
107. PERE JOAN MARTORELL. *Després del silenci*
108. BASILIO RODRÍGUEZ. *Breve antología poética (1938-2000)*
109. JOSÉ DANIEL M. SERRALLÉ. *Poemas*
110. MARGARITA BALLESTER. *Poemes*
111. ESTEBAN PISÓN. *Euroversos (Antología)*
112. XUAN BELLO. *Poemas*
113. SILVIA UGIDOS. *Poemas*
114. ANDREU PERIS. *Quadern de versions i altres inèdits*
115. MANUEL RUIZ AMEZCUA. *Luz de la palabra*
116. JORDI VINTRÓ. *Poemes*
117. MIGUEL ÁNGEL VELASCO. *Amonites*
118. GABRIEL DE LA S. T. SAMPOL. *Apocatàstasi*
119. MILENA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ. *Saliendo de la noche*
120. JOSÉ LUIS LÓPEZ BRETONES. *La extrañeza (Poemas, 1992-2001)*
121. ÀLEX SÛSANNA. *Poètiques*
122. AMALIA BAUTISTA. *La casa de la niebla. Antología (1985-2001)*
123. MARTA PESSARRODONA. *Poemes*
124. PABLO GARCÍA BAENA. *Poemas*
125. SARA PUJOL RUSSEL. *Breve antología*
126. JOAN ALEGRET. *Poeme*
127. JAVIER CÁNAVES. *Diecinueve poemas*
128. MIQUEL PÉREZ SÁNCHEZ. *El quatre elements (Antología)*
129. ANDRÉS TRAPIELLO. *Poemas*
130. JOSÉ VIÑALS. *Poemas*
131. JORDI JULIÀ. *De dioses y bestias*
132. JOSÉ RAMÓN TRUJILLO. *Grial*
133. JOSEP LLUÍS AGUILÓ. *Antología Personal*
134. RAFEL BORDOY. *Tallats de lluna*
135. ÁLVARO VALVERDE. *Poemas*
136. AMALIA IGLESIAS. *Poemas sin más*
137. JULIA OTXOA. *El pájaro de la alegría*
138. CÁNDIDO BALLESTER. *Hace ya muchos sueños*
139. JESÚS FERNÁNDEZ PALACIOS. *Poemas*

